RESEÑAS

Sordo Cedeño, Reynaldo y María Julia Sierra Moncayo, *Atlas de México 1910/2010*, México, ITAM, 2010.

RECEPCIÓN: 22 de octubre de 2010.

ACEPTACIÓN: 7 de diciembre de 2010.

Además de la Historia, la escuela de los *Annales* se caracteriza por incorporar en sus análisis otras ciencias sociales como la Geografía, la Sociología, la Economía, la Psicología Social y la Antropología, entre otras. De acuerdo con ella, los doctores Sordo Cedeño y Sierra Moncayo hicieron el *Atlas de México 1910/2010* y el *Atlas histórico de México*. Ambas obras están dirigidas, sobre todo, a los alumnos del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), pero eso no impide que cualquier persona las pueda apreciar y utilizar. Son producto de seis años de trabajo cuidadoso, tres por cada obra.

Soy una convencida de la utilidad de los atlas. Nos ayudan a poner los pies en la tierra, a darle dimensión al espacio y también al tiempo. Ahora que el mundo está supuestamente en la sociedad del conocimiento, a la que México entra a regañadientes, precisamente porque no genera las formas para que las personas puedan apropiarse de ese conocimiento, los atlas dan las bases para entender los procesos; son el instrumento ideal para saber qué fue primero y qué después, dónde se dieron las cosas, cómo y por qué. La geografía explica las razones de muchas cosas.

En este nuevo *Atlas*, a los mapas, cronología y cuadros, los autores le han agregado fotografías. Ahora puede uno ver quiénes eran los personajes, cómo vestían, cómo se veían.

Con discreción, los autores usan el prólogo para lanzar un reto al lector: ¿Qué fue el siglo XX? ¿Una época de esperanza o una de desilusión? ¿De descubrimientos o de rupturas? ¿El mejor siglo de la Historia o el peor? Con toda habilidad, no se comprometen con la respuesta. Lo hacen, sí, con la objetividad, nos dan los elementos para formar nuestro propio criterio, nos llevan

RESEÑAS

de la mano por los acontecimientos principales, por los hitos de la Historia, nos ayudan con la información, nos ofrecen puesta la mesa para volverla conocimiento.

Si tomamos el primer *Atlas histórico de México*, vemos que nuestros autores nos llevan de la prehistoria, a 1911 y ahora, con el *Atlas de México*, de 1910 al 2010 y ayudan a ubicar los acontecimientos más importantes de nuestra Historia, en perspectiva con los de la Historia universal.

En esta ocasión, a diferencia del atlas anterior, hay una cronología general al final de la obra, en vez de una por cada etapa. La cronología empieza en 1911 con la toma de Ciudad Juárez por los revolucionarios y en el mundo con el conflicto entre Italia y Turquía, la guerra ítalo-turca por Libia, el laboratorio de pruebas de muchos inventos que se usarían en la Primera guerra mundial, sobre todo el aeroplano, como le decían entonces al avión.

Concluye en 2009, con la presidencia de Obama, su visita a México y, en el aspecto internacional, con la crisis que aún nos aqueja.

Los mapas en sí comienzan con uno pequeño, del Ferrocarril Sud Pacífico de México, en el tramo que corre de Álamos, Sonora, a Culiacán, Sinaloa. Se alcanza a apreciar la bahía de Topolobampo, el puerto de abrigo natural más grande de México. Luego nos llevan a Europa, a la Primera guerra mundial. Con el primer mapa se disipan las dudas de por qué se les llamaba así a los Imperios centrales.

Qué diferente se ve la Europa de 1914 (p. 3) de la de los Reinos bárbaros del siglo VI que aparece en la p. 41 del *Atlas histórico de México* y de Europa después de la Primera guerra (p. 7) o del mapa de los Cambios políticos en 1929-1939, donde se aprecian el papel de la ideología y la impactante división territorial que provocó el conflicto.

Los autores dividieron este segundo *Atlas* en cinco temas principales:

1. Revolución, 1910-1920.
2. Reconstrucción del Estado, 1920-1946.
3. Estabilidad y hegemonía del PRI, 1946-1970.
4. Crisis del sistema, 1970-1988.
5. Transiciones, 1989-2010.

A partir de los hitos históricos de México, acomodan y jerarquizan los hechos mundiales. En la década que México vivió la Revolución, el mundo tuvo la Primera guerra mundial, la Revolución rusa, la desaparición de los Imperios

ruso, austro húngaro, alemán y otomano, la revolución cultural turca; el inicio de la hegemonía de Estados Unidos, que arrojó a España del Caribe en 1898, estableció sus “protectorados” en Nicaragua, Haití y República Dominicana, separó a Panamá de Colombia en 1903, para hacer el canal, invadió Veracruz en 1914 y Chihuahua en 1916. Si la “expedición punitiva” no buscó a Villa hasta el Suchiate fue porque Estados Unidos mandó sus tropas a Europa a inclinar la balanza a favor del Reino Unido y sus aliados.

En torno a la Revolución, los autores construyen una verdadera red de análisis con 16 mapas:

1. Los Clubes antirreleccionistas de 1909-1910, donde se ve la influencia de Madero en la zona de La Laguna y cómo, del DF a Veracruz, había ya mucha inconformidad política.

2. Las seis giras electorales de Madero, quien entre 1909 y 1910 recorrió buena parte del país. El mapa es muy claro sobre qué partes eran importantes y cuáles no: desde luego, no figuraba el territorio de Baja California, entonces del tamaño de la península, ni el de Quintana Roo, ni el de Nayarit, ni Guerrero, ni Chiapas, ni Tabasco. Tampoco fue a Oaxaca, tierra de don Porfirio, por razones obvias.

3. y 4. La revolución maderista de noviembre de 1910, con focos muy localizados, que habrían de prender al país rumbo al mayo de 1911, mes de la caída de don Porfirio; y, para terminar la sección,

5. La oposición a Madero.

Después de esos mapas viene un impactante cuadro de la oposición a Madero: 5 planes, de noviembre de 1911 a octubre de 1912. Luego, la decena trágica. Acto seguido, en 9 mapas, los doctores Sordo y Sierra resumen la revolución constitucionalista, la villista, la zapatista y la convencionalista. En un total de 16 mapas y un cuadro explican esos años tan complicados de nuestra historia.

A quien le cueste trabajo dar seguimiento a la Revolución, encuentra el cómo en el *Atlas*, al seguir paso a paso los cambios territoriales, mostrar cómo algo que comenzó con el viaje de Carranza de Coahuila a Sonora acabó tiñendo de colores al país, y cómo luego esos colores se enfrentaron entre sí, hasta que triunfaron Carranza y sus constitucionalistas.

Después, hay un mapa con la división política de 1917, es decir, la que emanó de la Constitución que, aunque muy parchada, aún nos rige. Entonces Nayarit ya era estado, Jalisco tenía ya las dimensiones actuales, y aún había dos terri-

RESEÑAS

torios federales: la península de Baja California y Quintana Roo. Un cuadro muestra 9 planes, leyes y manifiestos políticos que vio México entre 1913 y 1920. Para cerrar ese apartado, hay una foto de las Constituciones de México y una bandera constitucionalista.

En el segundo apartado está el México postrevolucionario: el de 1920 a 1946. Ilustran el contexto mundial con dos mapas de la depresión, uno de Estados Unidos y otro de Europa. Proliferaron las huelgas y el desempleo. El siguiente mapa es elocuente, pues muestra las consecuencias: autoritarismo, fascismo y comunismo.

Después, entran a América Latina con un mapa de la Guerra del Chaco, conflicto entre Bolivia y Paraguay de 1932 a 1935, en el que ambos países perdieron miles de ciudadanos y arruinaron su economía. Paraguay se quedó con la mayoría del territorio en disputa y las cosas permanecieron en *status quo* hasta que, en el 2009, 74 años después de terminado el conflicto, Evo Morales de Bolivia y Fernando Lugo de Paraguay firmaron el Acta de cumplimiento de 1938.

Otro conflicto local importante de los años treinta fue la guerra civil española. Laboratorio de la Segunda guerra mundial, de alguna manera sintetizó los conflictos de la Madre patria, iniciados con la pérdida del imperio alrededor de 1821 y que desembocaron en 1939, tras un baño de sangre, en la dictadura de Franco. Luego un nuevo cambio en los límites políticos de Europa, en virtud de las anexiones de Hitler, de 1936 a 1939. Después, en un mapa se explica lo más importante de la Segunda guerra y la fundación de la ONU en 1945.

Terminada la revisión mundial de la época, los autores sorprenden al lector con un mapa de México, dedicado a la rebelión de Adolfo de la Huerta en 1923-1924 y tres de la Guerra Cristera, seguidos de uno con la gira electoral de Vasconcelos (1928-29), de otro con la distribución geográfica de sus partidarios y, posteriormente, el mapa de la rebelión escobarista.

Sumamente interesantes resultan los cambios territoriales de 1920 a 1946. Baja California fue dividida en dos territorios: el del Norte y el del Sur y, por falta de presupuesto para sostenerlo, el territorio de Quintana Roo fue dividido entre los estados de Yucatán y Campeche. En ese entonces nadie imaginaba la Riviera maya, o que la isla de Cancún sería integrada al continente para convertirse en un centro turístico de primera importancia. El chicle y las maderas preciosas, como la caoba, del territorio de Quintana Roo, eran explotadas por los ingleses de Belice, resignados a ya no intentar separar el territorio de la República mexicana, como lo habían soñado hacer de 1847 a 1904, cual lo muestra el *Atlas histórico* en su mapa de la guerra de las Castas de la p. 303.

El Presidente Lázaro Cárdenas regresó su territorio a la gente de Quintana Roo en 1935. En un mapa de la península, Chiapas y Guatemala, se observa cómo la zona es muy montañosa del lado del Pacífico, cómo corren sus ríos y cómo en el centro de la península de Yucatán y la costa de Quintana Roo no hay elevaciones ni ríos.

Otros mapas especialmente interesantes del *Atlas* son los de las carreteras. En 1930 existían la de Monterrey a Nuevo Laredo, la de Valladolid a Mérida, la de Cintalapa a Arriaga, en Chiapas, y las que comunicaban al D.F. con Acapulco, con Veracruz y con Necaxa, en el estado de Hidalgo. Punto. Con los ferrocarriles prácticamente destruidos por la revolución, las dificultades de comunicación eran descomunales. México había regresado a principios del siglo XIX en materia de comunicaciones y transportes, con lo que eso significaba para la vida cotidiana y la economía. Diez años después, la red era ya considerable.

Más adelante, en la p. 146, aparece cómo en 1970 el avance era indudable y así se van mostrando en los mapas, acomodados en su parte correspondiente, según la época, cómo la red carretera se va ampliando hasta llegar a nuestros días, en los que el país está cruzado por todos lados, aunque hacen falta más y mejores carreteras para impedir que, por ejemplo, la carretera entre Torreón y Mazatlán sea en ocasiones de un solo carril, pues de otra manera los trailers no pueden tomar las curvas. Se requieren más presas que impidan las terribles inundaciones de los últimos años. Una en la cima del Iztaccíhuatl ayudaría mucho: impediría las inundaciones en Chalco y ayudaría a que la ciudad tuviera menos sed, al retener las aguas de la montaña en la cima y acabar con la posibilidad de que se junten con las aguas negras del D.F.

El apartado dedicado a la estabilidad y hegemonía del PRI comienza con un mapamundi dedicado al mundo bipolar de la guerra fría. Hay un impactante mapa de Asia, África y Oceanía que muestra su descolonización y otros que hablan de la Cuba de Fidel, las dictaduras latinoamericanas y las crisis provocadas por hechos puntuales, como la de los misiles en Cuba.

La parte de la demografía es también espectacular y se complementa con la migración, que abarca el tema mexicano y también el de los movimientos internacionales. México tiene todos los tipos de migración imaginable: interna, internacional, de expulsión, de atracción y de paso. El *Atlas* también nos muestra la evolución de la población en las ciudades y explica por qué se dan dichos fenómenos.

RESEÑAS

Dicen los que saben que los mexicanos somos gente de tierra adentro, así que me alegra ver un apartado dedicado a las zonas marítimas de México, para al menos conocerlas.

Hay también un análisis muy representativo de las votaciones en las elecciones de 1988, y uno nacional e internacional del período de transición, iniciado en 1988, que se prolonga hasta hoy. Entre los problemas que se analizan está el del narcotráfico.

Interesante resulta ver las fronteras de México. Por lo general, sólo tenemos consciencia de la frontera Norte, ya que pocas veces hablamos de las que compartimos con Guatemala y Belice, y nunca de las fronteras marítimas con Estados Unidos, Cuba y Honduras.

El Plan Puebla-Panamá da origen a un mapa de Centroamérica que vale la pena comentar: salvo Honduras, que sólo tiene costa Atlántica, la región mira hacia el Pacífico.

LUZ MARÍA SILVA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México